

ENTREVISTA A LOS SECRETARIOS GENERALES DEL SINDICATO DE ESTUDIANTES JUAN IGNACIO RAMOS (1987-1991) Y BÁRBARA AREAL (1994-1998)


*Interview with the General Secretaries of the Students Union
Juan Ignacio Ramos (1987-1991) and Bárbara Areal (1994-1998)*

Javier González-Moreno^a

Resumen. Este curso 2021-2022 se celebra el 35.º aniversario de la huelga de estudiantes del curso 1986-1987, la cual constituye el mayor conflicto estudiantil de la historia de España. Supuso el inicio de un trienio de movilizaciones contra las políticas del gobierno del PSOE, las cuales no satisfacían las expectativas de reforma de los trabajadores. Estas movilizaciones fueron in crescendo con la huelga de profesores del curso 1987-1988 y culminaron con la histórica huelga general del 14 de diciembre de 1988. La huelga estudiantil de 1986-1987 destacó por su masiva participación y por los importantes efectos que logró en la política educativa, especialmente en la extensión de la enseñanza secundaria. La organización fundamental de estas protestas fue el Sindicato de Estudiantes. Charlamos aquí sobre estos hechos y sobre la trayectoria posterior del Sindicato de Estudiantes con Juan Ignacio Ramos, su secretario general de entonces, y con Bárbara Areal, militante en aquella huelga y posteriormente secretaria general.

Palabras clave: Sindicato; Estudiantes; Huelga; Partido Socialista Obrero Español; Educación secundaria.

Abstract: *This 2021-2022 academic year marks the 35th anniversary of the student strike of the 1986-1987 academic year, which constitutes the largest student conflict in the history of Spain. It marked the beginning of a three-year period of protests against the policies of the PSOE government, which had failed to satisfy the workers' expectations of reform. These protests went in crescendo with the teachers' strike of the 1987-1988 academic year, culminating*

^a CEIP Los Antolinos, calle Juan de la Cierva, S/N, San Pedro del Pinatar, 30740, Murcia, España. javier.gonzalez4@um.es  <https://orcid.org/0000-0002-8540-2994>

in the historic general strike of December 14, 1988. The student strike of 1986-1987 stood out for its massive participation and for the important effects it achieved in educational policy, especially in the extension of secondary education. The fundamental organization of these protests was the responsibility of the Student Union. We chat here about these events and about the subsequent trajectory of the Student Union with Juan Ignacio Ramos, its general secretary at the time, and with Bárbara Areal, a militant in that strike who later became general secretary.

Keywords: *Students; Unions; Strike; Spanish Socialist Party; Secondary Education.*

En los años 70 había existido el Sindicato Democrático de Estudiantes, que había luchado contra el Sindicato Español Universitario, el sindicato vertical franquista de estudiantes. ¿Teníais alguna relación con ellos?

Juan Ignacio Ramos: No, ellos eran otra generación. Yo tuve relación con las movilizaciones de los años 1979-1980 contra la Ley Orgánica del Estatuto de Centros Escolares de la UCD. Precisamente este 2022 se cumplen 42 años del asesinato de Yolanda, militante del PST, por una banda de fascistas de Fuerza Nueva. Yolanda era una dirigente de la Coordinadora de Estudiantes de Madrid. Fueron unas luchas muy masivas y muy importantes. Yo participé en la Coordinadora como representante de mi centro, un colegio de curas, ya que por entonces la educación pública era muy escasa en muchos barrios, como el mío. Aquellas manifestaciones fueron masivas y terminaron con tres muertos: Yolanda (asesinada por un comando fascista) y otros dos estudiantes asesinados en Embajadores por la policía en diciembre de 1979 en una de las manifestaciones que organizamos. A partir de aquel momento el movimiento estudiantil entró en una fase de repliegue. En el año 85 hay algunos conatos de movilizaciones en la Universidad, muy limitados. Se forma una coordinadora de estudiantes y yo participo también como representante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid (yo estudiaba Historia en ese momento). Luego tenemos todo el movimiento contra la OTAN en los años 1985 y 1986.

Pero todo ello no se puede comparar con la naturaleza de las movilizaciones estudiantiles del curso 1986-1987: ahí se produce un levantamiento, una explosión juvenil, no fue una lucha estudiantil estrictamente. Fue un movimiento de masas que terminó en victoria total: el gobierno

de Felipe González tuvo que reformular su política y es entonces cuando se produce el salto de la escuela pública en el Estado español. Se produce una expansión de la enseñanza secundaria y una democratización de la misma en el sentido de que se eliminaron las tasas, así como una apertura de puertas de la Universidad a las familias trabajadoras.

El Consejo Escolar del Estado decía en 1988 que el gasto educativo había crecido de forma insuficiente y que había ido por detrás del crecimiento del alumnado en las enseñanzas medias. Además advertía de problemas que afectaban a la juventud española, como el desempleo.¹ ¿Cómo era ser joven entonces?

Bárbara Areal: Yo pertenezco a la generación que no vivió conscientemente la Transición. Juan Ignacio por aquel entonces era muy joven pero pudo participar en las luchas. Yo en 1986 tenía 17 años. Éramos producto de un descontento que empezaba a manifestarse porque el gobierno socialista, cuyo triunfo electoral en 1982 supuso una enorme alegría y una esperanza para los trabajadores, llevaba varios años en el poder y no veíamos que las cosas avanzaran conforme a las expectativas. Las tasas en la enseñanza secundaria era un problema, pero el mayor problema era qué pasaba cuando concluías esa etapa educativa con esa cualificación intermedia. Una de las cosas que más gritábamos en las manifestaciones era «ni tasas ni selectividad, el hijo del obrero a la Universidad». Todos esos jóvenes teníamos expectativas, queríamos más que vivir en nuestro barrio y la vida que teníamos predestinada. Queríamos ir a la Universidad porque en aquel momento (a diferencia de ahora) tener un título universitario suponía acceder a un mejor puesto de trabajo. Sin embargo, para las familias trabajadoras la Universidad era algo prohibitivo, parecía que no nos correspondía a los jóvenes de ciertos barrios.

Juan Ignacio Ramos: A mí me pilló la lucha de 1986-1987 en cuarto curso de la carrera de Historia y de los aproximadamente 60 alumnos de mi clase yo era el único estudiante hijo de un trabajador (mi padre era camarero). El resto eran hijos de periodistas, de abogados, de funcionarios cualificados, de empresarios. Hijo de currante, yo era el único. Y de mi

¹ Consejo Escolar del Estado. *Informe sobre el estado y situación del sistema educativo. Curso 1986-1987*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1988, 42 y 33.

familia, de todos los hermanos y primos, también el único. Y, como dice Bárbara, había una insatisfacción profunda con el PSOE porque estaba abandonando sus promesas una tras otra. Por ejemplo, el PSOE había dicho «OTAN de entrada no» y luego defendió la permanencia en la OTAN en el referéndum de 1986, la reconversión industrial estaba siendo muy dura para los trabajadores, el paro juvenil superaba el 40%, etc. Muchos jóvenes querían un título universitario para tener una oportunidad.

La Universidad era escasa y la demanda muy alta, por lo que estaba masificada. La aplicación de los *numerus clausus* provocó que en el curso 1986-1987 miles de personas se quedaran sin acceder a la Universidad. Entonces se genera el movimiento de los «no admitidos» y el Sindicato de Estudiantes participa en él. Planteamos una huelga y una manifestación para el 12 de noviembre de 1986 en Madrid. La manifestación sale bien porque acuden unos 4.000 jóvenes. Al terminar la manifestación planteamos otra para el 4 de diciembre, que la organiza el Sindicato de Estudiantes en solitario. Nos definimos como una organización de izquierdas, militante, marxista y revolucionaria y nos dirigimos a toda la izquierda proponiendo la unidad de acción. La respuesta que obtuvimos fue negativa porque consideraban que no era el momento, que la correlación de fuerzas no era buena, etc. Aun así, como nosotros palpábamos que había un descontento en los institutos, lanzamos la convocatoria. Realizamos asambleas en Madrid y nos coordinamos con nuestros contactos en el resto del país. La manifestación del 4 de diciembre fue algo enorme e inesperado.

¿Cómo era ese grupo primigenio del Sindicato de Estudiantes?

Juan Ignacio Ramos: El grupo que fundó el Sindicato de Estudiantes, en el que me incluyo, en aquel momento estábamos agrupados en torno a un periódico marxista llamado *Nueva Claridad*. Este periódico había surgido en el ala marxista de las Juventudes Socialistas, cuyos integrantes fueron expulsados en la década de 1970 y formaron la organización juvenil Jóvenes por el Socialismo. Hoy en día muchos de los que participamos en aquella organización militamos y dirigimos Izquierda Revolucionaria. En el año 86 formábamos parte también de la internacional trotskista revolucionaria animada por la organización

Militant, que dominaba el ala marxista del Partido Laborista y los sindicatos británicos.

Yo estaba en Jóvenes por el Socialismo y en 1985 lanzamos el Sindicato de Estudiantes. Lo empezamos a construir en Navarra, Euskadi, Cataluña, Madrid, Sevilla, Málaga... El crecimiento al principio fue lento.

Cuando lanzamos la movilización de 1986-1987 conectamos con un ambiente de rabia y descontento y tuvimos la determinación y la habilidad de darle un cauce organizado. El 4 de diciembre de 1986 yo estaba muy temprano en la Delegación del Gobierno de Madrid con mi megáfono hablando con el delegado del Gobierno porque no nos quería dejar pasar de Plaza España, ya que según él íbamos a ser apenas 5.000 y nos bastaría con ir por la acera. Entonces intento coger el metro en Rubén Darío para ir a Moncloa al inicio de la manifestación y casi me es imposible porque llegan tres convoyes totalmente atestados. Era una época sin internet pero la convocatoria se había extendido enormemente y allí había una masa de cien mil jóvenes. En esa manifestación 900 jóvenes dejaron sus datos para unirse al Sindicato de Estudiantes. La marcha empezó en Moncloa pero no se disolvió en Plaza España porque aquella multitud era imparable.

Organizamos precariamente un servicio de orden y en la Gran Vía, a la altura de Santo Domingo, un comando fascista de Bases Autónomas cargó con palos y cuchillos contra la manifestación. En las reuniones previas sabíamos que iban a venir los fascistas y habíamos debatido establecer un servicio de orden para impedirlo, pero había opiniones entre algunos asistentes de que los fascistas también tenían derecho a manifestarse y que había que ser pacifista. Al final la gente aprende en base a su experiencia. Los fascistas atacaron y lograron romper la manifestación momentáneamente pero conseguimos recuperar el control. A la altura de Callao ocurrió lo de siempre: aparecieron varias furgonetas de antidisturbios y establecieron un cordón para proteger a los fascistas.

Nosotros seguimos y llegamos hasta las puertas del Ministerio de Educación. Allí proclamamos nuestras demandas y los ujieres, que simpatizaban con nosotros, nos dijeron que Rubalcaba y los demás cargos estaban alucinados y querían que subiéramos unos representantes. Rubalcaba estaba en *shock*, preguntándose quiénes éramos y de dónde habíamos

salido. Se lo explicamos a él y a Barroso y les dijimos que íbamos a plantar batalla hasta que consiguiéramos todas las demandas fundamentales. Y ahí empezó una lucha que se prolongó hasta febrero de 1987.

Lo que más sorprende de esta movilización es su disciplina y organización. ¿De dónde salía ese saber hacer?

Juan Ignacio Ramos: Teníamos experiencia anterior y nos ayudaban cuadros políticos de Izquierda Revolucionaria con experiencia sindicalista. Una vez que se produce el estallido el 4 de diciembre de 1986 había que organizar el movimiento, había que dotarlo de orientación: hacia dónde vamos y cómo lo vamos a hacer.

Lo primero fue un plan de asambleas en todos los institutos para hacer un balance del 4 de diciembre, votar la plataforma reivindicativa y organizar comités de huelga con diferentes comisiones. Por ejemplo, Bárbara era la dirigente en su instituto, el Rey Pastor de Moratalaz. Hicimos la primera asamblea en ese instituto y se afiliaron 200 chavales al Sindicato de Estudiantes. Y así en cientos de institutos. Yo creo que en la primera semana pudimos haber afiliado a unos 40.000 estudiantes en todo el país.

Bárbara Areal: Yo estaba en COU y tenía 17 años cuando esto ocurrió. Los que participábamos teníamos entre 14 y 17 años. La primera manifestación nos sacudió a todos. Hay que tener en cuenta que esta generación no había participado en las grandes luchas de la Transición. Las movilizaciones contra la OTAN las habíamos oído, pero tampoco habíamos participado. Éramos gente del barrio, la vida era comprar alguna cerveza los fines de semana e ir al parque. Yo recuerdo la impresión que fue salir del barrio.

En el instituto primero votamos la huelga y se aprobó por mayoría aplastante. Muchos profesores, de izquierdas y que habían luchado en la Transición, nos apoyaban con entusiasmo porque se sentían muy desengañados con el gobierno del PSOE. En la puerta de mi instituto quedamos unos 400 estudiantes con la pancarta que habíamos preparado, nos montamos en el metro al grito de «ito, ito, metro gratuito» y cuando llegamos a aquella manifestación masiva fue espectacular. Nos sentimos fuertes y todo era nuevo.

Yo iba a los comités de huelga centrales, que coordinaban a los comités de huelga de los institutos. Eran abiertos a todo el mundo, pero había representantes elegidos de cada centro de estudios (había sido una propuesta del Sindicato de Estudiantes). Para mí se abrió un mundo nuevo. Los compañeros del Sindicato de Estudiantes nos explicaron que la lucha tenía futuro, que iba a ser larga, que el gobierno no iba a ceder a la primera y que nos teníamos que preparar. Las instrucciones para la organización fueron concretas. Teníamos que crear: servicio de orden ya que cada instituto tenía que aportar para defender la manifestación (yo fui de las que habló de pacifismo, pero cuando vi a los fascistas en acción cambié totalmente de opinión), comité de propaganda y de extensión de la huelga (teníamos que hacer un mapa del barrio, ver qué institutos no estaban metidos todavía en la lucha o no tenían representantes y establecer comités de enlace), comité de financiación (por ejemplo, hacíamos cortes de carretera breves y pedíamos dinero a los conductores, íbamos a los mercados) y asamblea general porque todas las decisiones tenían que tomarse desde la base y democráticamente. Eran todo ideas básicas del movimiento obrero.

Por tanto, había una juventud que encarnaba el descontento con la Transición (nuestras familias nos apoyaban), una juventud que quería más, que quería ir a la Universidad aunque fuéramos hijos de familias trabajadoras, y que quería luchar. Y todo eso fue muy bien encauzado y organizado.

Juan Ignacio Ramos: Otro de los planteamientos que hicimos desde el Sindicato de Estudiantes fue que todo se tenía que organizar a nivel estatal. Había otras organizaciones en la Coordinadora de Estudiantes que no estaban de acuerdo con esto, pero nosotros teníamos claro que la lucha debía ser un movimiento unificado. Debíamos golpear todos juntos el mismo día a la misma hora, no de forma dispersa.

Otro planteamiento que hicimos fue que había que recabar el apoyo del movimiento obrero. Nos dirigimos a los grandes sindicatos, CCOO y UGT, para que nos apoyaran. Hubo una persona que nos apoyó muchísimo entonces y siempre: Marcelino Camacho. Él fue la clave para que pudiéramos tener infraestructura importante, como locales grandes para asambleas multitudinarias, walkie-talkies para el servicio de orden, etc. Hicimos un plan estatal para ir a las principales fábricas a hacer

asambleas con los trabajadores para dar a conocer nuestra lucha y conseguir apoyo económico. En esos tres meses visitamos unas 400 fábricas. Yo estuve en astilleros en Cádiz, Vigo, en numerosas fábricas de Madrid, en Euskal Herria, etc., en actos brutales. En esos tres meses la caja de resistencia de la huelga recaudó unos diez millones de pesetas de las aportaciones de los trabajadores, de las familias, etc. Las APA también nos apoyaron.

La primera vez que nos reunimos con Rubalcaba él se despidió con una palmada en la espalda diciendo «bueno, ha sido un placer, no sé si nos veremos más». Yo le dije «no sé si nos veremos más, pero vamos a hacer todo lo posible para que así sea». Y después de aquella huelga del 4 de diciembre de 1986 convocamos otra para el 17 de diciembre y esa ya fue monumental. Hubo un servicio de orden de 3.000 estudiantes en Legazpi, tuvimos que traer los 3.000 palos con dos camiones, el de la carpintería no sabía para qué queríamos tantos palos. Hicimos cinco líneas de defensa y tres piquetes móviles. Ese día los fascistas también vinieron, pero comprobaron no solo los argumentos de la dialéctica, sino también los argumentos de la fuerza, y ya no volvieron a atacar directamente nuestras manifestaciones.

Estas ideas de organización podían ser discutidas por otros grupos de la izquierda del momento. Por ejemplo, coordinarlo todo a nivel estatal podía no ser aceptado en ciertos territorios.

Juan Ignacio Ramos: Nuestras ideas provenían de un análisis marxista de la lucha de clases, nos basábamos en otras experiencias previas de la lucha de clases. Nos enfrentábamos a un gobierno con una mayoría absoluta, con apoyo mediático y con una base real, aunque tuviera mucho desgaste. No se podía ser estúpido. Había organizaciones en la Coordinadora de Estudiantes que su única pretensión era provocar la represión policial para que el gobierno se desgastara. Eso es una estupidez. Lo que había que hacer era arrastrar a la clase trabajadora para que nos apoyara, solo eso podía conseguir la suficiente presión sobre el gobierno. Eso fue al final lo que pasó.

El gobierno intentó la represión. A la altura de la calle del Barquillo el 23 de enero de 1987 la policía cargó frontalmente contra la manifestación, fue cuando hirieron de bala en un glúteo a la estudiante María

Luisa Prada. Nuestro servicio de orden (sobre todo gente de FP de Parla, Vallecas, Entrevías, Coslada, etc., que era la gente más dura) se enfrentó en ese momento a la policía, claro que sí. Pero nuestro planteamiento era manifestaciones de masas y pacíficas. Después de esa manifestación pedimos la dimisión del Ministro de Interior José Barrionuevo y convocamos una huelga general contra la represión.

El movimiento fue también aprendiendo a base de prueba y error, y no todo era unánime y había muchos debates. El Sindicato de Estudiantes tenía una influencia enorme en Móstoles, Alcorcón, Fuenlabrada, etc., pero en otros lugares como Leganés y Getafe no era la organización mayoritaria. Aunque conforme fue avanzando la huelga la gente fue adhiriéndose a nuestra estrategia porque era la más seria. Por ejemplo, la Coordinadora de Estudiantes planteaba que no había que legalizar las manifestaciones porque no había que reconocer la legalidad del Estado. Nosotros decíamos «estamos en contra de este Estado, de su carácter de clase y de la represión, pero si no legalizamos la manifestación estamos dando facilidades para que la represión se realice bajo cobertura y con mayor eficacia». Ellos también pretendía organizarlo todo bajo una mal entendida horizontalidad: que cada cual decida. Pero eso significa que los que deciden son los que más gritan. Había gente que se pasaba de la Coordinadora al Sindicato y nos decían que para elegir la mesa que moderaba el debate tardaban cuatro horas. Porque realmente no era una coordinadora de estudiantes, sino de las Juventudes Socialistas, las Juventudes Comunistas, la Liga, el Movimiento Comunista, etc. En una asamblea de la Coordinadora las Juventudes Socialistas trajeron cinco autobuses con David Balsa al frente y tomaron la Coordinadora. Yo asistí atónito a una reunión con el Ministerio a la que llegaron los de la coordinadora copada por las Juventudes Socialistas y los de la coordinadora del Movimiento Comunista, autoproclamándose ambos ser los representantes de los estudiantes, y llegaron a pegarse en el vestíbulo del Ministerio. Los separaron y echaron a los del Movimiento Comunista porque los otros eran sus chicos.

El Sindicato de Estudiantes aportaba una estrategia clara: hacer la movilización masiva y organizada. Por ejemplo, organizábamos ocupaciones de institutos, pero no para que la gente estuviera dentro fumando canutos, sino para que esa fuerza que estaba dentro se organizara y saliera hacia afuera. Otro ejemplo, los cortes de carretera que hacíamos estaban

planificados, eran de 5 o 10 minutos para no molestar a los conductores y los usábamos para repartir panfletos y recaudar dinero; los conductores pitaban para darnos su apoyo y aportaban dinero. Otro ejemplo: nos coordinábamos con los sindicalistas de las fábricas para hacer mítines en la hora del bocata.

También teníamos un aparato de propaganda. Teníamos una imprenta que funcionaba día y noche, con turnos. Hacíamos cientos de miles de panfletos y carteles. No existían los móviles ni internet. Para repartir instrucciones dábamos a cada militante unos diez o doce teléfonos para que llamara. Y aun así se hizo una movilización muy organizada.

¿Pero había habido una movilización semejante antes? En Francia había habido una movilización estudiantil bastante fuerte poco antes.

Juan Ignacio Ramos: Había habido revoluciones como el mayo del 68 francés y el otoño caliente de Italia, que fueron levantamientos sociales muy fuertes con una formidable participación juvenil, pero las huelgas estudiantiles del 86-87 en España también supusieron un movimiento masivo y que acabó en un gran triunfo político.

Con la manifestación del 17 de diciembre de 1986 empezó otra fase. Fue entonces cuando constatamos que el Estado, aunque parece una maquinaria muy compleja y con muchos engranajes y miles de funcionarios, concentra sus decisiones en un puñado de personas. Son un puñado de banqueros y empresarios y un puñado de políticos los que deciden.

Por lo que vi en las reuniones con el Ministerio de Educación, Maravall no era el que decidía a pesar de ser el ministro. Él simpatizaba con algunas de nuestras demandas y le parecía deseable que la educación secundaria fuera gratuita y se extendiera en número de alumnos y se elevara la edad de escolarización obligatoria. Hay que tener en cuenta que el acuerdo que firmamos con el Ministerio supuso la creación de 800 institutos en el siguiente quinquenio, que simplemente antes no existían. Sin embargo, Rubalcaba se negaba y desautorizaba al ministro constantemente. Maravall solo apareció en la primera reunión y luego ya al final.

Ellos pensaban que las vacaciones de Navidad iban a calmarlo todo y a diluir la protesta. Pero sucedió todo lo contrario: a la vuelta de vacaciones endurecimos la movilización. Hicimos una semana de huelga en enero y en febrero otra más con una marcha estatal sobre Madrid. Entonces la situación se puso muy favorable para nuestras reivindicaciones porque el sector de Marcelino Camacho en Comisiones Obreras empezó a proponer una huelga general en apoyo a los estudiantes. Es cierto que en 1985 había habido una huelga en solitario de Comisiones Obreras contra la reforma de las pensiones y que después ya se había producido el enfrentamiento entre el gobierno socialista y Nicolás Redondo, pero las propuestas de huelga general en el seno del movimiento sindical fueron a colación de la huelga de estudiantes. Desde el principio tanto CCOO como UGT mostraron solidaridad hacia la huelga de estudiantes. Esa amenaza de huelga general atemorizó al gobierno, pero seguían sin querer hacer concesiones claras. Entonces me convocaron a mí y a otro compañero a una reunión a las 20:00 en el Ministerio de Educación y nos recibieron Rubalcaba y Barroso. Nos dijeron que habíamos demostrado ser muy inteligentes y que sabíamos hacer las cosas muy bien y que podíamos llegar a ser cualquier cosa, como diputados o dirigentes de las Juventudes Socialistas. También dijeron que apoyarían al Sindicato de Estudiantes con financiación, locales, etc. Les dijimos que era vergonzoso que un partido que se decía socialista y obrero intentara comprar de esa manera tan descarada a una organización que luchaba por algo justo. Entonces se guardaron la zanañoria y sacaron el palo. Nos dijeron literalmente que harían caer todo el peso del aparato del Estado sobre nosotros y nos amenazaron con la cárcel. Les contestamos que lo hicieran, que el movimiento también se construye con mártires y que los que iban a tener un problema serían ellos por tener que explicar esa represión ante la opinión pública. Nos fuimos de allí.

Ante el hecho constatado de que el Sindicato de Estudiantes no iba a cesar las movilizaciones y que toda esa protesta podía confluir con una huelga general de trabajadores, el gobierno terminó cediendo y asumió todas nuestras demandas, excepto la de suprimir la selectividad. Consideramos aquello un éxito rotundo.

A los dos días nos reunimos con el Ministerio de Educación. Nosotros dijimos que teníamos que firmar un preacuerdo que someteríamos

a aprobación de nuestras asambleas. Rubalcaba se negó a que aquello fuera considerado un preacuerdo, según él aquello era la política del PSOE y nosotros teníamos que decir en rueda de prensa que nos adheríamos a ella. Nosotros nos negamos y le dijimos que seguiríamos con las movilizaciones. Cuando nos levantamos de la mesa para irnos Rubalcaba se alarmó y dijo que esperásemos, que iba a llamar a Felipe González, que estaba esperando el resultado de la reunión. A los cinco minutos Rubalcaba volvió y dijo que Felipe González aceptaba. Se redactó el preacuerdo y fuimos a la sala de prensa, donde había unos cien periodistas de todo el mundo. Rubalcaba nos propuso que empezáramos nosotros la rueda de prensa y nos pareció estupendo. Y lo primero que digo es «los estudiantes hemos ganado por KO al Ministerio». Y al día siguiente el *Diario16*, de Pedro J. Ramírez, sacó en la portada ese titular.

El papel de la prensa fue muy relevante en este conflicto. Por ejemplo, el diario *El País*...

Juan Ignacio Ramos: *El País* era próximo al PSOE y tenía mucha animadversión hacia nosotros. Recuerdo la coletilla que nos dedicaba siempre: «el autodenominado Sindicato de Estudiantes». Hizo mucho por criminalizar la lucha estudiantil. Destacó cualquier atisbo de violencia por encima de todo lo demás. Y sobre todo pretendió elevar al Cojo Manteca a símbolo de la movilización, cuando en realidad era un toxicómano ajeno al movimiento que apareció en las imágenes televisivas rompiendo mobiliario urbano en los disturbios que se desencadenaron por una carga policial.

También intentaban resaltar las diferencias entre las organizaciones que formaban la Coordinadora de Estudiantes. Pero al final *El País* me hizo una entrevista a finales de enero porque no les quedó más remedio que aceptar que quienes estábamos al frente de la movilización éramos el Sindicato de Estudiantes.

Otros medios como el periódico *Diario16* de Pedro J. Ramírez nos dieron mucha cancha porque les interesaba desgastar al gobierno. Pero en general los medios nos intentaron criminalizar. En aquel momento había solo dos canales de televisión (los de RTVE) y el gobierno intentó resaltar cualquier atisbo de violencia para criminalizar la

protesta y atemorizar a la gente. En el capítulo de *Cuéntame* y en el programa de *Ochentéame* sobre las protestas queda reflejado que el gobierno intentó que los jóvenes tuvieran miedo de ir a las protestas por la policía.

Hubo también mucha infiltración de todo tipo. Las manifestaciones empezaban en Legazpi, subían por Atocha por todo el Paseo del Prado y en Cibeles giraban por la calle Alcalá hasta el Ministerio de Educación. Como eran tan multitudinarias y bien protegidas por nuestro servicio de orden, se concentraba en ese punto final del recorrido en la calle Alcalá una mezcla de fachas, ultras del Frente Atlético y Ultrasur y lúmpenes. Cuando la manifestación llegaba a ese punto ya había mil o dos mil de todos estos armando disturbios con la policía. Entre ellos el Cojo Manteca, que era un pobre desgraciado y que me consta que sus actuaciones eran promovidas. Era lógico como parte de la estrategia de propaganda contra la lucha estudiantil.

Bárbara Areal: En aquel momento solo había dos canales y después de cenar toda la familia se sentaba en el sofá a ver lo que daban por la tele. Y el programa de Victoria Prego era el programa de debates más importante. Se organizó en ese programa un debate entre representantes del Ministerio (Rubalcaba), de la CEAE (la organización estudiantil del PSOE) y del Sindicato de Estudiantes (Juan Ignacio Ramos) y el Sindicato ganó por goleada frente a millones de espectadores. Ese fue el día en que ganamos una gran simpatía de los trabajadores, que era lo que pretendíamos desde el principio. Recuerdo que se decía que los jóvenes éramos muy importantes, pero al gobierno no le preocupábamos porque no teníamos la capacidad de parar el sistema productivo porque no trabajábamos.

En ese programa todas las calumnias fueron desmentidas. Por ejemplo, la polémica con la Coordinadora de Estudiantes. Otras organizaciones de la Coordinadora proponían huelga indefinida, que era insostenible. Por su parte, el Sindicato proponía un día de huelga masiva a nivel estatal e ir escalando la movilización con huelgas de más días hasta que el gobierno aceptara nuestras demandas. Además, la actitud con el PSOE era crítica pero no sectaria, de forma que los trabajadores veían que no éramos unos pijos que nos daba igual que gobernara la derecha, sino que luchábamos por nuestros derechos y que criticábamos al PSOE

precisamente por no hacer una política de izquierdas. Por eso Pedro J. Ramírez y otra prensa de derechas no nos pudo utilizar, a pesar de que lo intentó. En ese programa se explicó que criticábamos al PSOE por la dura reconversión industrial y el aumento del paro, por habernos mantenido en la OTAN, y que queríamos manifestaciones pacíficas sin represión policial. Ese debate disipó mucha de la propaganda contra nosotros. Yo recuerdo la frustración que sentía cuando llegaba a casa después de una manifestación, tras haberla preparado tan bien, y ver en la tele tres segundos de la manifestación y cinco minutos de la violencia del Cojo Manteca.

¿Cuál fue el papel de Balsa y de las Juventudes Socialistas?

Juan Ignacio Ramos: Fue mínimo. El PSOE intentó tener un punto de apoyo para poder desactivar el movimiento desde dentro. El Sindicato de Estudiantes era imposible de infiltrar porque teníamos asambleas con cientos de estudiantes con las ideas muy claras. Consiguieron el control de la Coordinadora de Estudiantes a base de desembarcar con autobuses en una asamblea y tomarla físicamente, pero su influencia real en el proceso fue mínima.

Bárbara Areal: Había dos cosas que diferenciaban al Sindicato de Estudiantes del resto de organizaciones. Había mucha transparencia: en ningún momento los dirigentes del Sindicato de Estudiantes ocultaron sus ideas revolucionarias y su militancia. Y había mucho asamblearismo: la comisión negociadora con el Ministerio estaba integrada por personas elegidas por las asambleas de base. Por ejemplo, mi compañera de pupitre era parte de esa comisión negociadora. La información luego pasaba directamente a todos los comités de huelga de los institutos y se debatía y todo se votaba y las decisiones luego pasaban a la comisión negociadora a través de los representantes elegidos. Por tanto, había una gran confianza en nuestros dirigentes.

Todo se votaba, incluido el preacuerdo con el Ministerio. Yo fui una de las que votó contra el preacuerdo. Era muy bueno, pero yo era tan feliz con todo aquello que no quería que acabara. Mi vida hasta entonces había sido buena, pero anodina.

En enero el director de *El País*, Juan Luis Cebrián, advierte en un editorial que «el movimiento estudiantil recoge simpatías cada vez más amplias, en tanto que simboliza un estado de ánimo mucho más general»² y *El País* publicó, además, un «sondeo de urgencia» que aseguraba que «un 67% de la población piensa que los estudiantes tienen más razón en sus actuales protestas que el Ministerio de Educación y Ciencia».³ ¿Por qué hubo ese cambio?

Juan Ignacio Ramos: Ese apoyo popular era lo que buscábamos desde el principio. En enero se comprobó que las manifestaciones, lejos de decaer, iban creciendo. Además, los trabajadores cada vez participaban más en las mismas. El ambiente se veía en las fábricas, en los cortes de carretera, en los mercados... Nos metíamos en el autobús o en el metro y la gente nos aplaudía y nos abrazaba y nos daba ánimos. Recibíamos cientos de cartas en el local del Sindicato. La clase trabajadora percibía que la educación estaba abandonada, que faltaban centros educativos por todas partes. En mi barrio, Pueblo Nuevo, que era un barrio trabajador de unas 80.000 personas, no había un solo instituto público. El gobierno, en su soberbia, pensaba que esta movilización se disiparía, pero paría de un descontento muy profundo.

Otro factor fue nuestra independencia como organización. Marcelino Camacho nos apoyaba, pero también recibimos presiones de la burocracia de CCOO y UGT para que firmáramos cualquier migaja. Pero nosotros nos negamos. Es cierto que Marcelino Camacho sometió a votación en la ejecutiva de CCOO la huelga general y perdió, pero esa huelga general se produjo un año y unos pocos meses después, en la huelga general del 14 de diciembre de 1988 precisamente porque el gobierno socialista aprobó un programa de empleo juvenil muy lesivo en derechos. Lo primero que hicieron los sindicatos para esa huelga fue llamarnos a nosotros y nos implicamos al máximo y dimos el primer aldabonazo el 1 de diciembre de 1988 con una gran manifestación.

² Cebrián, Juan Luis, «El cambio, todavía», *El País*, 25 de enero de 1987.

³ *El País*. «La mayoría de la población cree que los estudiantes tienen razón», *El País*, 25 de enero de 1987.

Evidentemente, había unos tiempos. Una movilización de esa envergadura no se podía prolongar indefinidamente. Había que dirimir la cuestión.

Y lo que consiguió esa huelga de estudiantes fue un acuerdo de 40.000 millones de pesetas de inversiones en educación, en construcciones de institutos, eliminación de tasas, becas, etc. ¿En qué percibisteis la influencia del acuerdo en la vida cotidiana?

Juan Ignacio Ramos: En los años siguientes a la huelga de estudiantes hubo un florecimiento de institutos públicos en todo el país. Nosotros lo percibimos en el cinturón rojo de Madrid (Móstoles, Leganés, Getafe...). Fue el periodo más intenso en construcción de institutos de la historia de España. La escolarización en la enseñanza secundaria pública creció enormemente, se instauró la gratuidad en dicha enseñanza y se reforzaron las becas universitarias. Se instauró la beca de tasa, con lo que muchísimas familias trabajadoras tenían asegurada la gratuidad de los estudios. Todo eso se ha ido recortando en el último decenio.

También se consiguió la legalización de las asociaciones estudiantiles y su reconocimiento en los consejos escolares. Fue un salto democrático. Esto también ha sido recortado.

Se consiguió además que no hubiera represalias para los estudiantes en el sentido de que se estableció que no se examinaría de la materia no impartida por la huelga. Y se anularon todas las faltas de asistencia por motivo de la huelga. El Ministerio envió una circular para que se cumpliera este punto del acuerdo.

El preacuerdo se votó en las asambleas de los centros educativos y se aprobó porque se consideró una gran victoria. Unos pocos centros votaron que no.

Esa victoria también granjeó un gran prestigio para el Sindicato de Estudiantes. Ha habido épocas en que ha tenido más o menos actividad, pero siempre que ha habido una movilización se contaba con que el Sindicato lucharía de forma seria, potente y organizada como en la huelga de 1986-1987.

Entre vuestras reivindicaciones al principio de la huelga estaba una «revisión progresista de la LODE». ¿A qué os referíais?

Juan Ignacio Ramos: En mi opinión, tanto la LODE como la LOGSE han sido reformas fracasadas. En algunos aspectos eran progresistas, como la democratización de los centros y la educación comprensiva. Pero nacieron cojas porque su financiación no se planificó adecuadamente.

Además estas dos leyes santificaron la gran tragedia de la educación pública, que es la política de conciertos, que supone un drenaje brutal de recursos públicos hacia la enseñanza privada. Hasta se ha declarado a la enseñanza concertada como de utilidad pública en algún territorio. En Madrid, Cataluña y Euskadi la enseñanza privada concertada es mayoritaria. Las consecuencias son muy graves: segregación, fracaso escolar, etc.

Las reformas educativas del PP han sido peores, por supuesto que sí. Pero ya con la LODE y la LOGSE se veía que esa iba a ser la dirección. El PSOE fue quien cedió e hincó la rodilla ante la jerarquía de la Iglesia y el Vaticano.

¿Cuál era la postura del Sindicato de Estudiantes respecto a los conciertos?

Juan Ignacio Ramos: Era clara y lo sigue siendo: cero euros para los conciertos, que desaparezcan. Es una engañifa. Se sostiene a empresas privadas con fondos públicos, se engordan cuentas privadas con recursos públicos. Ni educación ni sanidad deben estar en manos privadas. Y allí donde no haya oferta pública, integración forzosa de los centros concertados, es decir, expropiación forzosa. Y quien quiera pagarse una escuela privada, que se la pague él mismo. Lo que no puede ser es que desde la Administración se detraigan fondos para la pública con el objetivo de que pierda calidad, huyan las familias y así la concertada gane clientes. Con los conciertos y otras políticas, la jerarquía eclesiástica goza de mayor poder que nunca y eso lo ha consentido el PSOE, y también este gobierno.

Las organizaciones de la enseñanza concertada tacharon el preacuerdo de «atentando contra la libertad de enseñanza» y como «injusto y discriminatorio» en la medida en que la gratuidad no se aplicaría a los centros concertados. ¿Cómo eran vuestras relaciones con ellos?

Juan Ignacio Ramos: Yo me reuní con la FERE, incluido su presidente, porque nos llamaron para conocernos a los del Sindicato de Estudiantes. Y nos echaron porque les dijimos que lo que queríamos era que les expropiaran los centros. Les dijimos que tenían que salir de las escuelas y quedarse en sus púlpitos porque la religión es algo que pertenece al ámbito privado y este es un país aconfesional. Se escandalizaron y dieron la reunión por terminada.

Bárbara Areal: La concertada incumple muchas leyes. Estafa a los padres con las cuotas, que legalmente deben ser voluntarias pero en la práctica son obligatorias. No respetan los derechos laborales de su profesorado. Y no se ha puesto remedio a tanta ilegalidad porque la izquierda no se ha atrevido.

Se da por supuesto que la huelga estudiantil de 1986-1987 fue una huelga de la pública. ¿Hubo también movilización en los centros concertados?

Juan Ignacio Ramos: Participó muchísima gente de la concertada. El núcleo fue la pública, pero los estudiantes de muchos centros concertados se sumaron a la movilización.

Bárbara Areal: Hay concertada de élite, pero muchos colegios concertados están en los barrios.

Juan Ignacio Ramos: Cuando hicimos el primer congreso del Sindicato de Estudiantes y se formó la primera ejecutiva, se creó una secretaría de privada concertada porque había problemas de represión en esos centros. La privada concertada sigue porque la izquierda lo permite, Comisiones Obreras hasta la declaró de utilidad pública. Y así están envalentonados.

Después de la huelga de estudiantes, vino la huelga de profesores del curso 1987-1988. ¿Cuál fue vuestro papel?

Juan Ignacio Ramos: La apoyamos y participamos activamente. En todas las manifestaciones estábamos con ellos. Nos invitaban a todas las asambleas. Hubo unidad de acción.

Teníamos muchos amigos dentro del profesorado. De hecho, la huelga estudiantil de 1986-1987 fue posible también porque los profesores nos apoyaron de forma clara. Se comportaron como aliados extraordinarios. Asistí a decenas de asambleas donde los profesores estaban al fondo, emocionados, algunos incluso llorando. Y todos nos ayudaban en los encierros para llenarlos de actividades (como cineforum, charlas, etc.), contribuían para la caja de resistencia...

Bárbara Areal: Por ejemplo, si tenías una reunión y no podías estudiar para un examen te daban facilidades para hacerlo otro día. Sentías su calor y su entusiasmo. Y eso era un gran apoyo para nosotros.

¿Y los sindicatos docentes?

Juan Ignacio Ramos: También apoyaron. Nos ayudaban con locales, con la propaganda. Pero más que los sindicatos docentes, los docentes sindicados.

Bárbara Areal: La Transición estaba muy reciente. Había una división muy fuerte entre los profesores fachas antiguos y otro sector progresista, que era el mayoritario, y que muchos eran militantes y sindicalistas. El sector facha quedó achantado.

Juan Ignacio Ramos: El movimiento estudiantil consiguió el apoyo popular y eso fue la clave de su éxito.

¿Y las APA y la CEAPA?

Juan Ignacio Ramos: A nivel de CEAPA no hubo apoyo explícito, pero sí a nivel de APA de centros de estudios y de federaciones como la Giner de los Ríos. Nosotros promovíamos asambleas conjuntas de alumnos, padres y profesores por la tarde para que las familias trabajadoras

podieran asistir. Y con ellas manteníamos informados a los profesores y padres de todo. Era necesario porque no había móviles ni internet.

A propósito, era la prehistoria de las telecomunicaciones. Había compañeros encargados de telefonar todo el día número a número cuando hoy se puede hacer con cualquier aplicación de mensajería instantánea. Para enviar una circular que hoy se envía por correo electrónico había que escribirla, fotocopiarla y distribuirla, y todo ese proceso llevaba varios días. Para conseguir los teléfonos de los centros educativos fuimos a la sede de Telefónica en la Gran Vía de Madrid y arrancamos las páginas correspondientes de los listines telefónicos de cada provincia.

Bárbara Areal: Había turnos para el teléfono. A lo mejor te tocaba cada semana estar un día de cinco a ocho de la tarde llamando.

¿Y la imprenta?

Juan Ignacio Ramos: Era la imprenta de la organización Izquierda Revolucionaria, donde se imprimía el periódico *El Militante*. Ahí se hizo toda la propaganda de la huelga. Había tres turnos de trabajo.

Bárbara Areal: Llegabas a los comités de huelga de Madrid y allí había pilas de propaganda que se habían hecho durante la noche para llevarlas a tu centro y a otros más, tanto centros que no habían podido venir a recogerlas como centros en los que no se había activado la movilización.

Tener un aparato de propaganda independiente es una regla básica de la lucha obrera. Solo así puedes difundir tu mensaje libremente.

Después vino la huelga general del 14 de diciembre de 1988.

¿Cómo participasteis en ella?

Juan Ignacio Ramos: Esa huelga fue contra el plan de empleo juvenil del gobierno, que era muy lesivo en derechos. El 1 de diciembre de 1988 hicimos la primera huelga estudiantil contra dicho plan y sacamos unos 70.000 jóvenes en la manifestación de Madrid. Nos involucramos totalmente y constituimos comités de huelga en todos los centros de estudios,

incluidas las universidades. El Sindicato de Estudiantes fue clave para paralizar la enseñanza. Nos invitaron a participar en el comité de huelga central junto a CCOO y UGT. Yo estuve en los piquetes de madrugada, pero no había mucho que hacer porque el seguimiento de la huelga fue masivo. Fue una gran demostración de fuerza y un gran golpe para el gobierno de Felipe González. Con esa huelga se les hizo modificar su política y se consiguió una gran inversión en los años sucesivos, sobre todo en sanidad.

Las luchas que van desde la Transición hasta la huelga general de 1988 constituyen un ciclo histórico en el que se consiguieron grandes derechos. Y la realidad es clara: los derechos no se conquistan solo con discursos, es necesaria la lucha de clases.

Yo milito desde los 12 años, cuando entré en las Juventudes Comunistas en 1976 en la clandestinidad. Mi padre también era militante del PCE en la clandestinidad y fundador de Comisiones Obreras. En los años 70 fue cuando más derechos laborales se conquistaron y no había un parlamento ni una constitución. ¿Cómo fue posible? Por la lucha obrera, las huelgas. Los Pactos de la Moncloa fueron para apaciguar esas luchas. Muchos centros educativos fueron construidos gracias a la lucha vecinal. Fue la movilización de masas la que arrancó esos derechos a los capitalistas.

Luego vino la LOGSE. El proceso de elaboración de la ley incluía la recogida de opiniones de la comunidad educativa sobre el proyecto inicial para modificarlo y llegar a la ley final. ¿Cómo participasteis en esto?

Bárbara Areal: Fue una mascarada. Sobre el papel hubo muchos pedagogos y educadores que se ilusionaron. Pero cuando lo llevaron a la práctica no tenía nada que ver. Se suponía que se iba a cambiar la evaluación, el currículo, la metodología, los medios materiales, etc., pero todo quedó en palabras.

Juan Ignacio Ramos: Y además se reforzó a la concertada de una forma espectacular. Nosotros nos reunimos con el Ministerio y teníamos comisiones de seguimiento. Incluso hicimos un documento alternativo a la LOGSE. Lo que sí fue un avance fue que la LOGSE reconociera el

derecho a huelga de los estudiantes, que formaba parte del acuerdo con el Ministerio tras la huelga estudiantil de 1986-1987 pero cuya negociación para concretarlo se prolongó hasta la LOGSE porque había muchas resistencias por parte de la derecha y del Consejo Escolar del Estado. Finalmente se estableció una fórmula que nosotros aceptamos, aunque no era lo que planteábamos al inicio, que garantizaba la no asistencia colectiva a clase sin que se pudiera sancionar. El PP siempre ha estado en contra del derecho a huelga de los estudiantes y hay mucho jurista de derechas que defiende que los estudiantes no tienen derecho a huelga porque no son trabajadores.

Nuestra movilización contra la LOGSE fue floja. Veníamos de la rescaca del 86-87 y no tuvo el mismo empuje.

Bárbara Areal: Además el discurso no era tan directo. Defendíamos una reforma progresista de la ley, que tuviera recursos económicos suficientes. No nos oponíamos frontalmente a la LOGSE porque sobre el papel había cosas apoyables.

¿En qué otras campañas participó el Sindicato de Estudiantes después?

Juan Ignacio Ramos: Hubo grandes movilizaciones contra la Guerra del Golfo de 1990-1991. El lema era «ni una bala ni una peseta para esta guerra». Hubo manifestaciones con miles de jóvenes.

Luego hubo un periodo muy difícil entre los años 1992 y 1996. Es un periodo de parálisis y reflujo del movimiento. Con la llegada al poder del PP en 1996 se reactiva y hay grandes luchas estudiantiles contra las políticas privatizadoras del gobierno. Otro punto importante fue la Guerra de Irak de 2003 con manifestaciones masivas. El día después de los atentados del 11M (2004) convocamos una manifestación en la Puerta del Sol, con mil personas, denunciando al PP por toda la manipulación que estaba llevando a cabo de ese atentado. El otro gran ciclo de movilizaciones fue contra la LOMCE de 2013 y la Marea Verde. En los últimos años ha habido manifestaciones relacionadas con la igualdad y el 8M.

¿Cómo fue el periodo de Esperanza Aguirre como Ministra de Educación del PP?

Bárbara Areal: En ese momento yo era Secretaria General del Sindicato de Estudiantes. Cuando el PP llegó al poder ya advertimos de que iban a atacar a la educación pública y que había que prepararse. Nuestra actitud fue ofensiva. Y por su parte también. Esperanza Aguirre a mí me llamaba «señora» y decía que manipulaba a los niños. Consideraban a los estudiantes de secundaria imberbes y manipulables y les causaba repulsa el concepto de sindicato aplicado a los estudiantes. El caso es que, aunque luego se hizo de ella una figura, al principio era una fuente de anécdotas esperpénticas, como cuando le preguntaron por Saramago (el premio Nobel de literatura portugués) y ella respondió que no conocía a la escritora Sara Mago. Hubo una gran reunión inicial con los representantes de la enseñanza pública del momento (CEAPA, CCOO, UGT, etc.) y ella dijo que qué problema había con el Sindicato de Estudiantes que no se parecía a los demás. Porque nosotros nos comportábamos con educación con el PP, pero los tratábamos como enemigos.

En el 97 y en el 98 organizamos protestas contra la política educativa del PP y fueron muy seguidas. Yo observé que, aunque era ya una generación que no había vivido la Transición, se tenía claro que el PP era el heredero ideológico de la dictadura. El problema fue que el Sindicato de Estudiantes se quedó muy aislado de las cúpulas de los sindicatos de trabajadores, que no compartían nuestro parecer sobre la necesidad de movilizaciones. En ese periodo siempre que proponíamos alguna movilización nos quedábamos solos.

Tuvimos que esperar a la Marea Verde para que hubiera movilizaciones contra las políticas privatizadoras y de recortes. En ese momento las bases empujaron e hicieron moverse a las cúpulas de las organizaciones. Esa confluencia de alumnado, familias y profesorado luchando por la escuela pública que vimos en 1986-1987 no se reeditó hasta la Marea Verde. Aquello nació desde la base, desde muchos profesores que sacudieron a las cúpulas para que parara la asfixia a la que estaba sometida la escuela pública.

La última pregunta es sobre el Consejo Escolar del Estado. ¿Cómo fue la participación del Sindicato de Estudiantes en este órgano?

Barbara Areal: Yo fui consejera entre 1994 y 1998. Tras una batalla larga el Consejo Escolar del Estado reconoció en 2008-2009 al Sindicato de Estudiantes como la organización estudiantil más representativa del Estado. Desde nuestra entrada en el órgano protestamos por la injusta representación que teníamos. Cuando entramos éramos dos representantes, Juan Manuel Municio y yo. Había otras organizaciones estudiantiles que llevaban más tiempo ahí representadas y con más vocales y que directamente no existían. Desde 1995-1996 exigimos que la forma de calcular la representatividad de las organizaciones estudiantiles fuera presentar todas las asociaciones legalmente constituidas que teníamos a nivel de instituto o facultad, y lo conseguimos al final.

Como organismo el Consejo Escolar del Estado me parece malo. Había dietas muy elevadas por asistir a las reuniones, incluso para los consejeros que vivíamos en Madrid (nosotros las donábamos al Sindicato). En cuanto a la composición, como se supone que es un foro para todo el mundo, ahí están todas las fuerzas contra la enseñanza pública bien representadas y legitimadas: la patronal, los religiosos, los sindicatos amarillos, etc. Y con la misma representación que las organizaciones de la enseñanza pública, a pesar de ser esta la mayoritaria. Además, es muy acartonado, en un palacete, y solo sirve para refrendar las leyes del gobierno. Nosotros lo usábamos como altavoz de nuestro discurso, por ejemplo, en las ruedas de prensa.

BREVES RESEÑAS DE LOS ENTREVISTADOS

BÁRBARA AREAL (1969). Activista del Sindicato de Estudiantes en las luchas del curso 86/87 y posteriormente Secretaria General del Sindicato de Estudiantes entre 1994 y 1998. Autora de numerosos artículos y libros sobre la historia del movimiento obrero en el Estado español, es miembro de la comisión ejecutiva de Izquierda Revolucionaria, directora de publicaciones de la Fundación Federico Engels, y una de las portavoces de la organización feminista Libres y Combativas.

JUAN IGNACIO RAMOS (1964). Dirigente del Sindicato de Estudiantes en las históricas luchas del curso 86/87, y secretario general del SE desde 1987 hasta 1991. Autor de libros sobre la guerra civil española, la revolución alemana, economía marxista y de cientos de artículos y textos publicados en el periódico *El Militante* y la revista *Marxismo Hoy*. En la actualidad es secretario general de Izquierda Revolucionaria.

SELECCIÓN DE OBRAS Y ENTREVISTAS SOBRE LA HUELGA DE ESTUDIANTES DE 1986-1987

González Moreno, Javier. *La política educativa del PSOE sobre escolarización y secularización (1976-1996)*. Madrid: Ministerio de Educación y Formación Profesional, 2021.

Ochentéame, Rebelión en las aulas, Radio Televisión Española. <https://www.rtve.es/play/videos/ochentame-otra-vez/ochentame-otra-vez-rebelion-aulas/4452619/> (visitado el 14 de marzo de 2022).

Ramos, Juan Ignacio, *Una lucha histórica, un triunfo ejemplar. Las movilizaciones del curso 1986/ 1987*, Sindicato de Estudiantes. <https://www.sindicatodeestudiantes.net/noticias/movimiento-estudiantil/59-estatal/2605-30-anos-de-lucha-un-libro-sobre-la-historia-del-sindicato-de-estudiantes> (visitado el 14 de marzo de 2022).

Varela, Julia. *Las reformas educativas a debate (1982-2006)*. Madrid: Morata, 2007.

Nota sobre el autor

JAVIER GONZÁLEZ MORENO Maestro de Educación Primaria, Doctor en Educación por la Universidad de Murcia (2021) y autor de varios estudios sobre la historia de la política educativa española, como el libro *La política educativa del PSOE sobre escolarización y secularización (1976-1996)* (Madrid: Ministerio de Educación y Formación Profesional, 2021).